manos, siento algo regenerador y grande dentro de mí; al menos una compensacion inesperada de mis sufrimientos.

—Lo comprendo, Isolina, y si en ese mundo en que vas á entrar, tu amigo Pico pudiera siempre colocarse á tu lado, te seguiria ávidamente: yo tambien estaria deslumbrándome con ese astro de gloria; pero no será así, el arte va á quitarme una parte de tu alma, va á interponerse en nuestra intimidad algo que me robará dulces momentos y confidencias y alegrías.

—Tú siempre vivirás en mi alma, porque estamos unidos por un sentimiento noble y grande, y por grande y noble que sea la gloria, por mucho que me enajene, siempre tú vivirás en mi recuerdo y en mi corazon.

Al amor de Pico le espantaba la superioridad de Isolina, porque en la sábia armonía de la naturaleza, existe la ley de la superioridad siempre á favor del varon.

CAPÍTULO XXIII.

LA PRIMERA REPRESENTACION.

CON pocos ensayos y en pocos dias, Isolina quedó en estado de presentarse al público, pues comprendia admirablemente las menores indicaciones del director de escena y llevaba la ventaja sobre los demas actores, de saber de memoria su papel.

Entre las figurantes, cayó como cohete la noticia de que Isolina iba á presentarse sustituyendo á la primera dama de la compañía.

—¡Pues está buena la dama, la ex-figurante!

—Esta noche hay una silba espantosa, con toda seguridad; decia la pelona.

—Figúrense ustedes como saldrá ese drama.

—Y todo por quitarnos de en medio, porque desde el momento en que la compañía pueda sostenerse dando dramas y comedias de puro representado, ¡adios zarzuelas! ¡adios cuerpo de coros!.

—¡Adios de nosotras! agregó otra.

—Pero no tengan ustedes cuidado, que el fiasco de esta noche va á ser redondo y mañana nos vuelven á ver la cara para ajustarnos de nuevo.

—Era bueno negarnos todas.

—Por lo menos, no nos contrataremos sino por doble sueldo.

—¡Cabal!

—Yo por mi parte, si no me pagan doble, no me contrato; que ya me canso de ser sufrida y de aguantarlo todo.

—Los empresarios son muy ventajosos.

—A mí me contrataron solo para el coro, pero no hay funcion en la que no me digan: Margarita, este papelito; Margarita, estas palabritas: Margarita, esta criada; y todo sin aumento de sueldo; pero ya lo sé, para otra vez yo diré: de puro coro, tanto; con papelitos tanto mas.

—Eso es, hablar antes claro, para que no haya abusos.

—¿Y qué tal se portará D. Fernando con su protegida?

—Dicen que viene la música militar.

—Dicen que van á iluminar el teatro.

—¡Vaya! Sí lo creo.

—¿Y Alberto qué dirá de esto?

—Está furioso contra su tio.

—¿No ha conseguido nada?

—¡Qué ha de conseguir!

—¿Ha hecho el oso?

—Sin pasar de ahí.

—¡Ya se vé! ¡como el tio es tan rico!

—Y sobre todo viejo.

—Eso es: los mayores en edad..... canturreó la pelona.

—Hace muy bien; porque empezando por D. Fernando.....

—Etcétera, etcétera..... agregó otra figurante, con un sonsonete que hizo reir á sus compañeras.

—Yo esta noche veo la funcion en palco.

—Yo tambien.

—Venimos temprano.

—Por supuesto.

Mientras las figurantes se deshacian en invectivas y hablillas, Isolina preparaba su primera presentacion, sin omitir ninguno de los detalles ni circunstancias propias del caso.

Pico, por su parte, seguia sosteniendo la lucha de su amor en medio de las mil contrariedades que tenia que soportar en su difícil posicion con Isolina.

El estreno de una primera dama era un acontecimiento que estaba haciendo ya todo el ruido que el empresario habia procurado hacer, tanto mas cuanto que como él

habia dicho, Isolina venia á salvarlo en su complicada situacion financiera.

Don Fernando por su parte puso en juego todos los resortes de que era capaz, y cooperó eficazmente á que aquella funcion teatral fuese una de las mas espléndidas que se habian visto hasta entonces.

Alberto obraba en el mismo sentido que su tio, aprovechando la ocasion que se le presentaba de hacer méritos acerca de Isolina.

Por fin, llegó la noche tan impacientemente esperada.

Don Fernando proporcionó coche para que Isolina fuera conducida al teatro, y prestó solícito los mas importantes servicios á Pico, á fin de que Isolina tuviera todo el lucimiento posible.

Isolina, haciéndose superior á todas las trabas y dificultades de una primera representacion, esperó con firmeza y aplomo la hora de su salida, procurando una completa incomunicacion con los visitantes del foro.

Isolina hacia por intuicion lo que debia ser una prescripcion irrevocable para los actores, y la razon es esta:

La ruda transicion de la vida real á la personificacion de una entidad que, tal vez está muy lejos de parecerse al actor que la ejecuta, es un esfuerzo de la inteligencia y del genio, para el que se necesita una preparacion.

El funámbulo no efectúa un lance difícil sin haberse preparado antes, midiendo con el ojo la distancia, calculando con aplomo la gravedad y la fuerza, el movimiento y el equilibrio; y mas fuerte con aquel momento de concentracion

y de cálculo, que con el solo caudal de la fuerza física, le vemos ejecutar pasos que nos pasman de asombro.

El actor, al pasar del círculo de su vida real, tal vez azarosa y amarga, combatida y miserable, á la encarnacion de un César ó de un semidios, ejecuta la transicion mas dura, da el paso mas difícil que puede pedirse á la valuntad humana; pero este paso solo se consigue con la concentracion, porque el actor necesita despojarse de todo lo que le pertenece, olvidarse de sí mismo, por mas que sus mismas ideas lo embarguen; y elevándose con la imaginacion hasta la altura del personaje, pensar en la escena anterior, en lo que motiva su salida, en la pasion que debe dominarlo, en la época en que pasó la accion, en el lugar en que se va á encontrar, y en todo, en fin, en lo que realmente pensaria el personaje que representa.

Pero cuando un estúpido traspunte embrolla la salida, cuando la anticipa por demasiada eficacia ó la retarda por omision; cuando una de esas amables visitas de bastidores se entretiene, sin respeto al arte, en decirle una sandez al actor que se está preparando; cuando uno de esos amantes acaramelados prefiere hablarle á la señora de sus pensamientos de que tiene muy lindos ojos, en vez de dejarla ejecutar la difícil operacion del ánimo de que hemos hablado; entonces el actor ó la actriz hacen en el público observador el efecto de una salida de títere, á quien una mano oculta lleva con un alambre.

Nosotros hemos visto á Romero del Campo estar riñendo á un mite entre bastidores, á la sazon que el tras-

punte le dijo dándole las primeras palabras: "Yo soy el rey....."

Romero, asustado por la voz del traspunte, se lanzó á la escena todavía crispando las manos, encorvado y descompuesto por la cólera, y así dió algunos pasos diciendo:

"Yo soy el rey" con el mismo acento, en el mismo tono y en la misma actitud en que acababa de decirle al mite:. "¡Muchacho de mis *pecados!*" pero reponiéndose de pronto, aunque ya tarde, se irguió de repente, sacó el pecho, levantó la cabeza, dominó el grupo, cambió la voz y empezó á ser rey cuando ya en el público habia circulado el disgusto y la desaprobacion en forma de rumor.

Isolina, por el contrario, concentró todas sus facultades, y poniéndose á la altura del personaje que iba á representar, cuando salió al foro ya llevaba impreso su carácter hasta en sus menores gestos y movimientos.

Su sola presencia bastó para impresionar vivamente al público, que la recibió con una salva de aplausos, que se hizo mas y mas nutrida.

Isolina saludó, teniendo el tino de no descender á extremosas demostraciones que hubieran hecho olvidar al personaje.

La prolongacion del aplauso fué para Isolina un escollo, una contrariedad; procuró no dejarse dominar por la impresion del recibimiento del público y deseaba que el ruido terminara.

Por fin, ya en silencio el salon, Isolina comenzó á hablar.

Su segundo triunfo lo obtuvo el timbre de su voz.

El diapason de la voz humana es tan extenso, que entre los miles de semitonos que lo constituyen damos pocas veces con uno de esos timbres armoniosos, que son simpáticos.

Pero para Isolina acababa de resolverse una de las mas grandes dificultades.

Al acento hubo despues que agregar la accion y á esta el sentimiento.

Habiendo logrado Isolina dominar del todo la emocion de su salida, se dejó llevar de su inspiracion: el teatro estaba en silencio, el público estaba en uno de esos momentos de verdadera fascinacion; Isolina estaba triunfando; habia conseguido dominar á su auditorio á ese grado en que el poder de la inspiracion y del entusiasmo identifica al espectador con el personaje y se olvida del actor.

Pasaron las primeras escenas y rápida la expansion. El público estaba interesado, absorto.

Era aquel un legítimo triunfo del arte, era aquella la aurora de un porvenir lleno de gloria.

Aquella situacion iba á tener irremisiblemente este término: una salva de aplausos. Hasta habia quien instintivamente hubiese puesto una mano sobre otra, esperando el momento de aplaudir.

Isolina representaba una madre que reclama á su hijo.

—Señor marqués, decia Isolina, por la vez postrera, ¿lo entendeis? por la vez postrera os pregunto: ¿En dónde está mi hijo?

El marqués, despues de un movimiento en que reveló su profunda pena, extendió el brazo derecho hácia la puerta izquierda del foro, y en tono solemne exclamó:

—¡Señora, aceptad mi sacrificio; todo es cierto! ¡Nada puedo negaros ya! ¿Quereis ver á vuestro hijo? ¡Helo ahí!

En este momento debia aparecer el galan, el hijo deseado que vendria á arrojarse á los brazos de su adorada madre, y ¡oh fatalidad! lo que acababa de aparecer á la puerta de la izquierda era Alí, el perro de Pico, el perro fiel, el servicial Alí, el cazador de pollos.....

Despeñándose desde la inmensa altura del entusiasmo hasta el fondo del mas espantoso ridículo, el público prorumpió en una estrepitosa carcajada.

Este ruido inesperado detuvo al galan un paso antes de la puerta, en tanto que Alí, sin ningun género de ceremonia, se paró á algunos pasos contemplando á Isolina de hito en hito.

En el público habia crecido la algazara á un grado increible, y el galan preplejo y sin darse cuenta de lo que estaba sucediendo, porque desde donde estaba no podia ver al perro, creyó prudente no salir, cooperando con esta abstencion á prolongar el detestable efecto de aquella escena.

El perro, deslumbrado con los quinqués del proscenio, no veia á Pico que desde la concha le gritaba; sino que reconociendo á Isolina, despues de su primer estupor, se dirijió á ella meneando la cola.

—¡Abraza á tu hijo! gritó un chusco desde la galería.

Y otra salva de risas contestó á la gracejada con un estrépito infernal.

—¡Fuera, fuera! gritaban unos.

Un espectador indignado arrojó su sombrero al perro; pero el sombrero tocó solamente la falda de Isolina.

El ruido creció de manera que parecia que el teatro se venia abajo.

Alguno creyó que se trataba de vengarse de la burla y arrojó un cojin al foro, y tras ese, por espíritu de imitacion, llovieron cojines sobre la escena.

Alí se puso furioso y comenzó á ladrar, y entonces el público arrojó cojines contra el perro y despues sillas, generalizándose en el salon el mas espantoso de los desórdenes.

Isolina se habia apoyado en el brazo del actor que hacia el marqués, quien sintiendo que á Isolina le faltaban las fuerzas y vacilaba, próxima á caer, la sostuvo y retrocedió con ella para ocultarla.

Poco despues cayó el telon y ya por todas partes se oia gritar: ¡Un médico! ¡un médico!

—Y multitud de personas abandonaron sus asientos y se dirigieron al foro.

Isolina era presa de un formal desmayo.

Dos médicos la estaban asistiendo y debieron notar algunos síntomas graves, porque aconsejaron la mayor diligencia y actividad para la ejecucion de sus órdenes.

Para calmar un tanto la rechifla y la algazara del público, el director mandó á la música que tocara una pie-

za; y se mezclaron al desórden y á la bulla los alegres sones de una danza.

Isolina no pudo volver en sí, sino despues de muchos trabajos, no quedando en disposicion de seguir la representacion.

El director anunció al público que con conocimiento de la autoridad se suspendia la funcion; y despues de una última silba, el público se fué retirando poco á poco.

—¡Buena la hemos hecho! decia doña Atanasia á sus compañeras; lo estaba viendo; si esto del teatro es muy difícil.

—¿Y de quien es el perro? preguntó una.

—¡De quién ha de ser! del bueno, del bendito de mi compadre Pico; y esto es lo que mas sorprende, porque el apuntador debe saber que es peligroso tener perros.

Pico á la sazon estaba rodeado de varias personas, que procuraban consolarlo.

—¡Iba tan bien! decia uno, yo estaba encantado, se puede asegurar que la señora de usted es una grande artista, pero una desgracia.....

—¡Y qué desgracia! un maldito perro que se coloca en el lugar de un hijo.

—Yo creo en el alma de los perros, exclamó uno.

—No, señor, replicó Pico; si los perros tuvieran alma, el mio, (porque es el mio el autor de esta atrocidad) se hubiera abstenido de salir á la escena; porque mi Alí me quiere mucho y me ha dado muchas pruebas de adhesion.

Para el empresario, aquel habia sido el golpe de gracia: estaba arruinado.

Los jóvenes audaces, los que se rodean de la bailarina, los que la primera noche habian camelado á Isolina, y aun el mismo Alberto, con todo y su finjida obstinacion amorosa, se habian dispersado en presencia de la desgracia; formaban corrillos en los que procuraba cada calavera de aquellos, lucir su ingenio, soltando dichos y chocarrerías á propósito del perro, del lance y de Isolina.

Quién dice que Isolina es nombre de perra y Alí nombre de moro, y que por eso se trocaron los papeles; quién juega el retruécano de que aquello habia salido *de los perros;* y no faltó quien atribuyera á Alberto la salida de Alí.

El perro de Pico habia logrado ser en aquella noche una verdadera notabilidad; todos hablaban de él, todos le celebraban el papel que habia representado en el drama, y la oportunidad con que se presentó en el momento supremo.

Las figurantes apuraban toda su elocuente mordacidad, toda su ponzoña y todas sus pasiones, en comentar el hecho, en despedazar á la ex-figurante y en compadecerla con ese género de lástima sangrienta de que solo es capaz una muger ordinaria.

—¡Pobre! decia la pelona, ¡pobre señora! no es nada lo que le ha sucedido, absolutamente nada; si tal vez hubiera pasado esto despues de algunas representaciones, vaya,

se podia pasar; pero en la noche del estreno, cuando el público la estaba juzgando, cuando iba á decidir de su suerte!... ¡Ay! pobre señora! no quisiera yo estar en su pellejo.

CAPITULO XXIV.

EN EL CUAL CONTINUAN LAS DULZURAS DE LA CARRERA DRAMATICA SIEMPRE DIFERENCIANDO.

NECESARIAMENTE aquella catástrofe vino á cambiar del todo el aspecto de los negocios.

Don Fernando fué el único amigo en la desgracia; Don Fernando no se separó de Isolina, llevó médicos, consoló á la enferma, y alentó á Pico que habia caido en una postracion melancólica y profunda.

Pico, el festivo Pico habia clavado el pico, como un pájaro en la hora postrera.

Pero á pesar de eso veló á la enferma, y en el silencio